

sublimes raptos que son á un mismo tiempo el delirio de los amantes y el hechizo de su pasión. Todo es mera ilusión en el amor, lo confieso; mas lo que es real son los afectos en que nos anima de la hermosura verdadera que nos hace amar. Esta hermosura no está en el objeto amado, que es obra de nuestro error. ¿Y qué importa? ¿Dejamos por eso de sacrificar todos nuestros villanos sentimientos á este modelo imaginario? ¿Dejamos de embeber nuestro corazón en las virtudes que atribuimos á lo que queremos? ¿No nos desprendemos de la bajeza del *yo* humano? ¿Cuál es el amante verdadero que no está dispuesto á dar su vida por su amada? ¿Y cuál es la torpe y sensual pasión del hombre que quiere morir? Nos burlamos de los caballeros andantes, porque aquellos conocían el amor; nosotros solo conocemos el desenfreno. Cuando estas máximas empezaron á ser escarnecidas, no tanto fué esta mudanza parto de la razón como aborto de las malas costumbres.

En cualquiera siglo que sea no varían las relaciones naturales; la conveniencia ó discrepancia que de ellas resulta permanece la misma, las preocupaciones con mentido nombre de razón solo cambian su apariencia. Siempre será bello y grande reinar en sí propio, aunque sea para obedecer á fantásticas opiniones; y siempre resonarán los verdaderos motivos de honor en el corazón de toda mujer de juicio, que en su estado sepa buscar la felicidad real de su vida. La castidad debe ser especialmente una deliciosa virtud para la mujer hermosa que tuviere alguna elevación en el alma. Mientras que mira toda la tierra á sus plantas, de todo triunfa, y de sí misma: en su propio corazón se erige un trono á que todos rinden homenaje; los afectos tiernos ó celosos, pero siempre respetuosos de ambos sexos, la universal estimación y la suya propia, le pagan sin cesar un tributo de gloria. Efímeras son las privaciones, pero el premio es permanente. ¿Qué gozo para un ánimo noble, unir con la beldad la altivez de la virtud! Realizad una heroína de novela; más exquisitos contentos gustará ella que las Lais y las Cleopatras; cuando su beldad se eclipsare, vivirán su gloria y sus placeres, y sabrá sola disfrutar del tiempo pasado.

Si es agradable el camino que abro, tanto mejor: que es mas seguro, está en el órden de la naturaleza, y nunca por otro llegareis á la meta.

Cuanto mas importantes y penosas son las obligaciones, mas palpables y fuertes deben ser las razones en que se fundan. Hay cierto lenguaje devoto con que aturden los oídos de las doncellas jóvenes en las materias mas graves, sin lograr persuadirlas. De este lenguaje tan desproporcionado con sus ideas, y del poco aprecio que en secreto hacen de él, nace la facilidad de ceder á sus propensiones, no hallando motivos de resistencia en la misma naturaleza de las cosas. Una doncella educada con piedad y discreción, sin duda está fuertemente armada contra las tentaciones; pero aquella cuyo corazón, ó mas bien cuyos oídos no han tenido otro pasto que la algarabía de la devoción, infaliblemente será presa del primer seductor astuto que la pretenda. Nunca una persona hermosa y moza despreñará su cuerpo, nunca se afligirá de veras de los enormes pecados que haga cometer su hermosura, nunca llorará con sinceridad ante Dios porque sea objeto de deseos, ni nunca se podrá convencer de que sea invención de Satanás el afecto mas dulce del corazón. Dadle otras razones sacadas de la esencia de las cosas, y propias para ella, porque estas no la convencen. Peor será todavía si, como nunca faltan, le dictan ideas contradictorias; si despues de haberla humillado envileciendo su cuerpo y sus gracias como torpeza del pecado, le dicen luego que este mismo cuerpo que la han pintado como tan despreciable, le ha de respetar como templo de Jesucristo. Ideas tan sublimes y tan bajas son por igual insuficientes, y no se pueden asociar: se necesitan razones que no excedan la capacidad de la edad y del sexo. No tiene mas fuerza la autoridad de la obligación que los motivos que nos excitan á desempeñarla.

Quæ quia non liceat non facit, illa facit (1).

¿Quién creyera que fuese Ovidio el que tan severo fallo pronunciase?

(1)

Lo hace la que lo niega por vedado.

¿Quereis, por tanto, inspirar á las jóvenes la afición á las buenas costumbres? Pues sin decirles continuamente, *sé recatada*, interesadlas mucho en que lo sean; haceldes conocer todo el precio del recato, y se le hareis amár. No basta con mostrarles desde lejos éste interés para el porvenir; mostrásele en el instante actual, en las relaciones de su edad, en el carácter de sus amantes. Pintadles el hombre de bien, el hombre de mérito; enseñadles á que le reconozcan, á que le amen por su propio bien; probadles que amigas, esposas ó queridas, solo este puede hacerlas felices. Traedlas á la virtud por la razon: haced que conozcan que el imperio y las ventajas de su sexo no solo penden de sus buenas costumbres y conducta, sino tambien de las de los hombres, pues las mujeres tienen poca influencia en ánimos viles y soeces, y el que sabe servir á su dama sabe servir á la virtud. Estad cierto de que pintándolas entonces las modernas costumbres, les inspirareis hácia ellas una sincera repugnancia; con mostrarles las personas de moda, se las hareis despreciar: les infundireis antipatía á sus máximas, aversion á sus sentimientos y desden á su vano galanteo; excitareis en ellas mas noble ambicion, la de reinar en ánimos grandes y esforzados, como la de las mujeres espartanas, que era mandar en hombres. Una mujer atrevida, descarada, embrollista, que solo por la zalamería sabe atraer á sus amantes, y solo los conserva por sus favores, hace que la obedezcan como lacayos en cosas comunes y serviles: en las importantes y graves no tiene autoridad ninguna en ellos. Mas la mujer honesta, amable y prudente, que fuerza á los suyos á que la respeten: la que tiene modestia y recato; en una palabra, la que con la estimacion sostiene el amor, con una seña los envía al cabo del mundo, á la lid, á la gloria, á la muerte, á donde quiere (1). Her-

(1) Dice Brantome que, en tiempo de Francisco I, una joven que tenia un amante hablador, le impuso un ilimitado y absoluto silencio, que con tanta puntualidad guardó por espacio de dos años enteros, que creyeron que por alguna enfermedad se habia vuelto mudo. Un dia en una gran concurrencia, su dama que, en aquellos tiempos en que guardaban secreto los enamorados, no era conocida por tal, se atabó de que le sanaria inmediatamente, y lo hizo con esta sola palabra: *hable* V. ¿No hay algo

moso es este imperio, y pienso que merece la pena de ser comprado.

Con este espíritu ha sido educada Sofia, con mas cuidados que afanes, y antes sigulendo sus gustos que violentándolos. Digamos ahora una palabra de su persona, conforme al retrato que de ella tengo hecho á Emilio, y segun él mismo se figura la esposa que puede hacerle feliz.

Nunca repetiré lo bastante que dejó aparte los portentos. No lo es Emilio, ni lo es tampoco Sofia; Emilio es hombre, y Sofia mujer: en esto se cifra toda su gloria. En la confusion de sexos que reina entre nosotros, casi es un portento ser uno del suyo.

Sofia es de indole apacible; tiene buen natural y el corazon muy sensible: esta excesiva sensibilidad da á veces tanta actividad á su imaginacion, que no es fácil moderarla. Su inteligencia es menos justa que penetrante; fácil aunque desigual, su condicion; regular, pero agradable, su cara; su fisonomia promete alma, y no miente; puede uno acercarse á ella con indiferencia, mas no dejarla sin emocion. Algunas mujeres tendrian prendas que á ella le faltan y otras mas cantidad de las mismas que á ella le han cabido; pero ninguna calidades mejor combinadas para formar un feliz carácter. Sabe sacar provecho de sus propios defectos, y agradaria mucho menos, si fuese mas perfecta.

No es hermosa Sofia; mas junto á ella se olvidan los hombres de las hermosas, y las hermosas están mal satisfechas consigo mismas. Apenas si á primera vista es linda, pero cuanto mas se la ve mas se hermosea; gana con lo que tantas pierden, y nunca pierde lo que una vez ha ganado. Posible es tener ojos y boca mas hermosos, y cara que mas choque, pero no talle mejor hecho, color mas hermoso, mano mas blanca, pié mas delicado, mirar mas dulce y fisonomia mas tierna. In-

heróico y grande en este amor? ¿Qué mas hubiera hecho con todo su fausto la filosofia de Pitágoras? ¿No nos imaginamos una divinidad que con sola una palabra da el órgano de la voz á un mortal? No es posible que yo crea que la beldad sin virtud obrara nunca semejante milagro. Todas las mujeres de hoy, á pesar de sus artificios, se verian muy apuradas para hacer otro igual.

teresa sin deslumbrar; embelesa, y no es posible decir por qué.

Sofía tiene afición á ataviarse, y lo hace con mucha inteligencia; su madre no tiene otra camarera que ella: posee un gusto exquisito para que luzca su vestido, pero aborrece los trajes ricos; en el suyo se ve siempre unida la sencillez con la elegancia; no es aficionada á lo que brilla, sino á lo que le sienta bien. Ignora cuáles son los colores de moda, pero sabe perfectamente los que le favorecen. No hay jóven que parezca prendida con menos estudio, y ninguna lleva traje mas estudiado; ni una pieza del suyo está puesta por acaso, y sin embargo no se echa de ver el arte. Su adorno en la apariencia es muy modesto, y en la realidad muy provocativo; no descubre sus ocultas bellezas, que las tapa; mas con esto sabe hacer que se las imaginen. Cuando la ven dicen: «Esa chica tiene honestidad y modestia;» pero mientras uno está junto á ella, vagan los ojos y el corazón por toda su persona, sin poderlos apartar un momento, y podría decirse que todo este traje tan sencillo se ha puesto en su lugar con solo el fin de que se le quite pieza á pieza la imaginacion.

Sofía tiene habilidad natural, y no ha dejado de cultivarla; pero como no se ha encontrado en situacion de valerse mucho de los auxilios del arte, se ha contentado con ejercitar su bonita voz en cantar con arreglo y gusto, sus delicados piés en andar con ligereza, facilidad y gracia, y su lindo talle en hacer cortesías en todo género de situaciones sin sujecion ni desmaña. En cuanto á lo demás, nunca tuvo otro maestro de canto que su padre, ni otra maestra de baile que su madre; y un organista vecino le ha dado algunas lecciones de acompañamiento en el clave, que luego ha cultivado ella sola. Al principio solo pensaba en lucir su mano en las teclas negras; luego vió que el áspero y seco sonido del clave hacia mas suave el de su voz; poco á poco empezó á sentir la armonia; por fin, cuando se ha hecho mayor, ha comenzado á sentir el embeleso de la expresion, y á gustar de la música en sí. Pero hasta aqui mas es afición que talento, y no sabe descifrar las notas de un ária escrita.

Lo que mejor sabe Sofía, y lo que con mas esmero le han hecho aprender, son las tareas de su sexo, aun aquellas poco usadas, como cortar y coser sus vestidos. No hay una obra de aguja que no sepa hacer bien y con gusto; pero la que prefiere á todas las demás es el punto de encaje, porque no hay otra que ofrezca mas agradable postura, y en que se ejerciten los dedos con mas gracia y ligereza. Tambien se ha aplicado á todas las menudencias caseras: entiende de cocina y de repostería, sabe el valor de los comestibles, conoce la calidad de ellos, lleva bien las cuentas, y hace de mayordomo. Destinada á ser un dia madre de familias, gobernando la casa de sus padres aprende á gobernar la suya propia; puede suplir las funciones de los criados, y siempre lo hace con gusto. Nunca sabe mandar bien el que por sí mismo no sabe ejecutar: esta es la razon que tiene su madre para ocuparla de este modo. Sofía no van tan allá: su obligacion primera es la de hija, y la única que por ahora piensa desempeñar; ni tiene otra idea que servir á su madre, y aliviarla en parte de sus quehaceres, puesto que es la verdad que no todos los desempeña con igual gusto. Por ejemplo, aunque es golosa, no le agrada la cocina; sus ocupaciones tienen algo que la repugna, y nunca la encuentra muy limpia. En esta parte es de una delicadeza tan extremada, que constituye uno de sus defectos: antes dejaria que se quemara toda la comida, que manchar una manga de su vestido. Nunca ha querido cuidar del jardín por la misma causa: la tierra le parece muy sucia; y así que ve estiércol, piensa percibir su mal olor.

Este defecto se lo debe á las lecciones de su madre. Segun esta, una de las primeras obligaciones de la mujer es la limpieza; obligacion especial, indispensable, impuesta por la naturaleza. No hay en el mundo objeto mas repugnante que una mujer sucia, y el marido que la toma antipatia tiene sobrada razon. Tanto ha inculcado á su hija esta obligacion desde su niñez; tanta limpieza ha exigido de ella en su persona, en su ropa, en su aposento, en su labor, en su tocador, que convertido este esmero en costumbre la ocupa la mayor parte del tiempo; de suerte que hacer bien las cosas, es para

ella el segundo cuidado: el primero siempre es hacerlas con limpieza.

No obstante, no ha degenerado todo esto en vana afectación ni en molición, ni tiene parte en ello un lujo refinado. Nunca hubo en su cuarto mas que agua limpia; no conoce otro aroma que el de las flores, ni nunca su marido le respirará mas suave que el de su aliento. Finalmente el esmero que pone en lo exterior no es causa de que se olvide de que debe su vida y su tiempo á mas nobles tareas: ó ignora ó desdeña aquella excesiva limpieza de cuerpo que mancilla el alma. Sofia es mas que limpia, es pura.

He dicho que Sofia era golosa. Naturalmente lo era, pero la costumbre la ha hecho sóbria, y ahora lo es por virtud. No son lo mismo las niñas que los niños, los cuales hasta cierto punto se logran gobernar por la gula: esta inclinación puede acarrear funestas consecuencias al sexo, y no se le debe permitir. La chiquela Sofia, cuando niña, si entraba sola en el gabinete de su madre, no siempre salía con las faltriqueras vacías, ni era á prueba su fidelidad en cuanto á los anises y confites. Su madre la cogió, la reprendió, la castigó, y la obligó á ayunar. Al cabo consiguió persuadirla que los confites echaban á perder la dentadura, y que cuando las niñas comían con exceso se les ponía mas abultado el talle. De este modo se enmendó Sofia: cuando ha crecido, ha tomado otras aficiones que le han hecho olvidar esta sensualidad. Así que se anima el corazón, tanto en los hombres como en las mujeres, cesa de ser vicio dominante la gula. Sofia ha conservado las aficiones peculiares de su sexo; gusta de dulces y lacticiños; de pastelería y yerbas cocidas, pero muy poco de carne; nunca ha probado el vino ni los licores fuertes; en cuanto á lo demás, de todo come con mucha moderación; menos laborioso su sexo que el nuestro, necesita menos reparación. En todas cosas le gusta lo bueno, y sabe paladearlo; tambien sabe acomodarse con lo que no es, sin que le cueste pena esta privación.

Tiene Sofia agradable el entendimiento sin que sea brillante, y sólido sin que sea profundo; un entendimiento que nadie cita, porque el que con ella habla

nunca le encuentra mas ó menos que el suyo. Siempre tiene el que agrada á las gentes con quienes razona, aunque no muy ornado, conforme á la idea que tenemos de la cultura del entendimiento de las mujeres; porque no se ha formado el suyo con la lectura, sino con solo las conversaciones de su padre y su madre, con sus propias reflexiones, y con las observaciones que ha hecho en el poco mundo que ha visto. Naturalmente Sofia es alegre; cuando niña era retozona, poco á poco ha cuidado su madre de ir refrenando sus visos de aturdimiento, no fuese que en breve una repentina mudanza la instruyese del instante que la habia hecho necesaria. Así se ha hecho modesta y recatada antes que fuese tiempo de serlo; y ahora que ha llegado este tiempo, mas fácil se le hace conservar el estilo que ha tomado, que la seria tomarle sin indicar el motivo de esta mudanza. Es cosa graciosa ver como por reliquias de su antigua costumbre se abandona de cuando en cuando á vivezas de la niñez, luego vuelve en sí de repente, se calla, baja los ojos, y se pone colorada: preciso es que la época intermedia de las dos edades participe algo de entrambas.

Sofia es en extremo sensible para que pueda conservar una perfecta igualdad de carácter, pero tiene blandura en demasía para que importune con su sensibilidad á los demás; á ella sola es á quien hace mal. Si se dice una sola palabra que la incomode, no pone mala cara, pero se le aprieta al corazón, y procura escaparse para ir á llorar. Si en medio de su llanto la llama su padre ó su madre la dice una palabra, viene corriendo á jugar y reír, enjugándose con maña los ojos, y procurando ahogar sus sollozos.

Tampoco está enteramente exenta de manías. Su enfado, cuando le irritan algo, degenera en cólera y entonces es propensa á excederse. Pero dejadla tiempo para que vuelva en sí, y repara su culpa de un modo que casi la convertirá en mérito. Si la castigan, es dócil y sumisa, y se echa de ver que no tanto proviene su vengüenza del castigo como de su yerro. Si no la dicen nada nunca deja de enmendarse por sí propia, y con tan buena voluntad, que no es posible guardarla ren-

cor. Besaré el suelo delante del último criado, sin que le cueste el menor trabajo esta humillacion; y al punto que la han perdonado, sus halagos y su alegría manifiestan de qué peso han aliviado su corazón. En una palabra, lleva con paciencia las sinrazones de los demás, y repara con gusto las suyas. Esta es la amable indole de su sexo antes que nosotros la hayamos estragado. La mujer fué destinada á ceder al hombre, y aun á aguantar su injusticia. Nunca reduciréis á los muchachos al mismo punto: se exalta en ellos el sentido interno que repugna la injusticia, pues no lo formó la naturaleza para tolerarla.

Gravem

*Pelidæ stomachum cedere nescit* (1).

Sofía tiene religion, pero racional y sencilla, con pocos dogmas y menos prácticas de devocion; ó mas bien, no conociendo otra práctica esencial que la moral, la dedica su vida entera á servir á Dios obrando bien. En todas las instrucciones que acerca de esta materia le han dado sus padres, la han acostumbrado á una respetuosa sumision, diciéndole siempre: «Hija mia, estos conocimientos no son para tu edad: tu marido te instruirá en ellos cuando fuere tiempo.» En lo demás, en vez de largos razonamientos de piedad, se limitan á predicársela con su ejemplo, y este se ha grabado en su corazón.

Sofía ama la virtud, y este amor se ha hecho su pasion dominante. La ama porque no hay cosa tan hermosa como la virtud; la ama porque la virtud constituye la gloria de una mujer, y una mujer virtuosa la parece casi igual á los ángeles; la ama como la única senda de la verdadera felicidad, y porque solo conoce miseria, abandono, desdicha, ignominia y oprobio en la vida de una mujer deshonesta; finalmente, la ama como preciosa para su respetable padre, para su tierna y digna madre, que no contentos con su propia virtud, también quieren estarlo con la de su hija, y la primera felicidad de esta es la esperanza de hacer felices á sus padres.

La fuerte

(1) Saña de Aquiles, que ceder no sabe.

Todos estos sentimientos la inspiran un entusiasmo que enaltece su alma, y tiene sujetas todas sus mezquinas inclinaciones á tan noble pasion. Sofía será casta y honesta hasta su postrer aliento: lo ha jurado en lo interior de su alma, y en un tiempo en que ya conocia cuánto cuesta cumplir semejante juramento; lo ha jurado cuando hubiera debido revocar esta promesa, si sus sentidos fuesen capaces de reinar sobre ella.

No tiene Sofía la dicha de ser una amable petimetra, fria por temperamento, y zalamera por vanidad, que mas quiere lucir que agradar, y busca la diversion y no el deleite. La necesidad de amar es la única que la devora, viene á distraerla y á perturbar su corazón en medio de las reuniones: ha perdido su antigua alegría; los retozones juegos ya la fastidian; lejos de temer la soledad, la busca; en ella, piensa en aquel que debe amenizársela: la importunan todos los indiferentes; no necesita de cortejantes, sino de un amante; mas quiere agradar á un solo hombre de bien, y agradarle siempre, que ver alzarse en su favor el grito de la moda, que dura un dia, y el siguiente se ha convertido en escárnio.

El juicio de las mujeres se forma mas temprano que el de los hombres; estando sobre la defensiva casi desde su niñez, y encargadas de un depósito de difícil guarda, necesariamente conocen primero lo bueno y lo malo. Precoz en todo Sofía, porque la incita su temperamento á que lo sea, también tiene formado el juicio mas pronto que otras jóvenes de su edad. Esto nada tiene de extraordinario; que la naturaleza no en todas es la misma al mismo tiempo.

Sofía está instruida en las obligaciones y en los derechos de su sexo y el nuestro: conoce los defectos de los hombres y los vicios de las mujeres, así como las prendas y virtudes contrarias, y las lleva estampadas todas en lo interior de su corazón. No es posible tener mas alta idea de la mujer honrada que la que ella se ha formado, y no la asusta esta idea; pero todavía piensa con mas complacencia en el hombre de bien, en el hombre de mérito; reconoce que está ella destinada, para este hombre que es digna de él, que le puede devolver y

pagar la felicidad que de él reciba; solo falta encontrarle.

Las mujeres son jueces naturales del mérito de los hombres, así como estos lo son del de las mujeres: es un derecho recíproco que ni unos ni otros ignoran. Sofia conoce este derecho y usa de él, pero con la modestia que conviene á su juventud, á su inexperiencia y á su estado: solo juzga de las cosas que están á su alcance, y esto únicamente cuando la sirve para deducir alguna máxima útil. Habla de los ausentes con la mayor circunspección, especialmente si son mujeres. Piensa que lo que las hace murmuradoras y satíricas, es el hablar de su sexo, y que solamente son justicieras cuando se limitan á hablar del nuestro. Por tanto, Sofia lo hace así. De las mujeres nunca habla como no sea para decir de ellas lo bueno que sabe: esta es una honra que cree debe á su sexo; de aquellas que ningun bien tiene que decir, se calla y se entiende su silencio.

Poco estilo de mundo tiene Sofia, pero es obsequiosa, atenta y muy graciosa; en todo cuanto hace, mas bien la sirve una índole feliz que mucho arte. Tiene cierta cortesía especial, que no consiste en fórmulas, ni está sujeta á la moda, pero que procede del deseo de agradar y lo consigue. No sabe los cumplimientos triviales, ni los inventa mas estudiados; no dice que está muy agradecida; que la honran mucho; que no se tomen el trabajo, etc; mucho menos se cuida de limar las frases. A una atención, á una cortesía de estilo, corresponde con una cortesía sencilla, ó con un *muchas gracias*; pero esta espresion en su boca vale mas que cualquiera en la de otra. A un servicio verdadero deja que hable su corazón, y no son cumplimientos los que este encuentra. Nunca se ha dejado sujetar por el estilo al yugo de monerías, como apoyar la mano cuando pasa de un cuarto á otro en un brazo sexagenario, que mas bien la dan impulsos de sostener. Cuando un polluelo perfumado la ofrece este importuno servicio, deja el oficioso brazo en la escalera, y en dos bríncos se planta en la habitación, diciendo que no le necesita.

No solo observa silencio y respeto con las mujeres de mas tiempo, sino tambien con los hombres casados

ó ancianos; nunca aceptará un puesto superior á ellos, como no fuere por obediencia, y se volverá al suyo mas inferior así que pueda; porque sabe que antes que los derechos del sexo son los de la edad, que tienen en su favor la presunción de la sabiduría, la cual debe ser acatada sobre todas las cosas.

Con los jóvenes de su edad, es diferente; necesita de distinto tono para imponerles respeto, y sabe usarle sin dejar el modesto ademán que le conviene. Si son tambien modestos y recatados, conservará con ellos la amable familiaridad de la juventud; serán chistosas, pero con decencia, sus inocentes conversaciones: si se tornan serias, querrá que sean útiles; si degeneran en requiebros, al punto las interrumpirá, porque desprecia altamente la necia algaravía del galanteo, como cosa que ofende mucho á su sexo. Bien sabe que no gastará esa algaravía el hombre que ella busca, y no sufre en otro lo que no conviene á aquel cuyo carácter lleva estampado en lo interior de su corazón. La alta opinion que tiene de los derechos de su sexo; la altivez de ánimo que debe á la pureza de su sentimiento; aquella energía de la virtud que en sí propia siente, y que la hace respetable á sus propios ojos, son causa de que escuche con indignación las cumplimenteras lisonjas con que pretenden divertirla. No las oye con aparente enojo, sino con un irónico aplauso que deja parado ó con un semblante frio que no se esperaba. Si un joven almirado la ensarta sus donaires, si exalta con agudeza su hermosura, sus gracias, el valor de la dicha de agradecerle, es la muy capaz de interrumpirle diciéndole: «Caballero, me parece que sé yo mejor que V. todas esas cosas; de modo, que si no tenemos otra cosa que decir, creo que podemos dar punto á nuestra conversacion.» Acompañar estas palabras con una profunda cortesía, y encontrarse á veinte pasos, es para ella cosa de un momento. Preguntad á vuestros pisaverdes si es fácil, junto á una cabeza tan diferente de las demás, lucir mucho tiempo su charla.

Esto no quiere decir que la disguste verse alabada, con tal que sea de veras, y pueda creer que efectivamente piensan el bien que de ella dicen. Para que le

parezca uno sensible á su mérito es preciso que primero dé él pruebas de que le tiene. Su altivo corazón puede apreciar un homenaje fundado en la estimación, pero toda burla de galanteo le repugna, que no está destinada Sofia á ejercitar el talento de un necio.

Con tanta madurez de juicio, y formada bajo todos aspectos como una muchacha de veinte años, Sofia á los quince no será tratada como una niña por sus padres. Apenas distingan en ella la primera inquietud de la juventud, se darán prisa á tomar sus medidas antes de que haga progresos, y le dirán razones tiernas y juiciosas que son las acomodadas á su edad y carácter. Si este es como yo me lo imagino, ¿por qué no le ha de hablar su padre con poca diferencia en los términos siguientes?

«Ya eres grande, Sofia, y no has crecido para quedarte siempre en este estado. Queremos que seas feliz, porque de tu felicidad pende la nuestra. La felicidad de una doncella honrada consiste en hacer la de un hombre de bien; por tanto es preciso que cuanto antes pienses en casarte, porque como la suerte de la vida pende del matrimonio, nunca hay tiempo de sobra para pensarlo bien.

»Exceptuando la elección de una buena mujer, no hay cosa mas dificultosa que la de un buen marido. Tú, Sofia, serás esa mujer rara, serás la gloria de nuestra vida, y la felicidad de nuestros ancianos días; pero por mucho que sea tu mérito, no faltan hombres en la tierra, que tienen todavía mas que tú. Ninguno hay que no se deba honrar con alcanzarte, y hay muchos que te honrarán mas á ti. Trátase de encontrar entre estos uno que te convenga, de conocerle, y darte á conocer de él.

»De tantas cosas armónicas pende la perfecta felicidad del matrimonio, que fuera locura querer reunir las todas. Primero es preciso asegurarse de las que mas importan; cuando se encuentran las demás, se toman; cuando faltan, no se echan menos. No hay felicidad perfecta en la tierra: pero la mayor de las desgracias, la que siempre podemos evitar, es la de ser desdichados por culpa nuestra.

»Hay conveniencias naturales, otras de institución,

y otras que penden solo de la opinión. De las dos últimas son jueces los padres; los hijos solos lo son de la primera. En los matrimonios que se hacen por la autoridad de los padres, se arreglan únicamente por las conveniencias de institución y opinión; no son las personas las que se casan, son las condiciones y los bienes; pero todo esto puede mudar: solo las personas se quedan siempre, van siempre consigo propias; y á despecho de la fortuna, solo por las relaciones personales puede un matrimonio ser feliz ó infeliz.

»Tu madre era noble, yo rico, estas fueron las consideraciones únicas que decidieron á nuestros parientes para nuestro matrimonio. Yo he perdido mis riquezas, ella su nombre; olvidada de su familia ¿de qué le sirve hoy haber nacido de hidalga cuna? En nuestras desgracias, de todo nos ha consolado la unión de nuestros corazones; la conformidad de nuestros gustos nos ha hecho elegir esta soledad; aquí vivimos pobres y felices, siéndonos todo el uno para el otro. Sofia es nuestro comun tesoro; bendecimos al cielo porque nos ha dado este, y nos ha quitado todos los demás. Mira, hija mia, adonde nos ha traído la providencia: las conveniencias que determinaron nuestra unión se han desvanecido, y somos felices por aquellas en que nadie pensó.

»A los esposos toca escogerse. Su primer vínculo debe ser el reciproco cariño: sus primeros guías los ojos, los corazones; porque como su primera obligación, cuando están unidos, es amarse, y el amor ó desamor no pende de nosotros mismos, esta obligación envuelve necesariamente otra, que es la de amarse antes de unirse. Este es el derecho de la naturaleza, que nada puede abrogar: los que con tantas leyes civiles la han apremiado, mas miramiento han tenido al orden aparente que á la dicha del matrimonio y á la moralidad de los ciudadanos. Ya ves, Sofia, que no te predicamos una moral muy dificultosa: solo viene á parar en hacerte dueña de tí propia, y en descansar nosotros sobre tí para la elección de tu esposo.

»Después de haberte dicho nuestras razones para dejarte entera libertad, es justo hablarte tambien de las que tienes tú para usar de ella con cordura. Hija

mía, tú eres buena y discreta, tienes rectitud y piedad, posees los talentos que convienen á la mujer honrada, y no te falta hermosura, pero eres pobre; posees bienes mas estimables, y te faltan los que mas se estiman. No aspiras por tanto á mas de lo que puedes alcanzar, y arregla tu ambicion no por tus juicios ni por los nuestros, sino por la opinion de los hombres. Si solo de igualdad de mérito se tratara, no sé donde pondria límite á mis esperanzas; pero no las encumbres tú mas altas que tu caudal, ni te olvides de que este es muy corto. Aunque para un hombre digno de tí no sea obstáculo esta desigualdad, lo que él no haga debes tú hacerlo. Sofia debe imitar á su madre, y no entrar en una familia que con ella no se honre. No has visto nuestra opulencia, has nacido durante nuestra pobreza: nos la haces suave, y la participas sin sentimiento. Créeme, Sofia, no busques bienes de que bendicimos nosotros al cielo que nos haya librado: no hemos sido felices hasta despues de haber perdido la riqueza.

»Eres muy amable para dejar de agradar á alguno, y no es tanta tu pobreza que puedas ser gravosa á un hombre de bien. Te pretenderán tal vez hombres que no valgan tanto como tú. Si se mostraran á tí como ellos son, los apreciarías en solo lo que valen, y no te engañaria mucho tiempo su apariencia; pero aunque tengas sano juicio y conozcas el mérito, te falta experiencia, y no sabes hasta dónde se pueden contrahacer los hombres. Un pícaro astuto puede estudiar tus gustos para seducirte, y fingir contigo virtudes que no tenga. Te perdiera, Sofia, antes que lo conocieses, y solo para llorarle conocieras tu yerro. El lazo mas peligroso de todos es el de los sentidos, el único que no puede evitar la razon; solo verás fantásticas ilusiones, se fascinarán tus ojos, se enturbiará tu juicio, se extragará tu voluntad, amarás hasta tu propio error; y aun cuando fueras capaz de conocerle, no querrias salir de él, si tienes la desdicha de caer en sus redes. Hija mía, á la razon de Sofia te entrego, no á la propension de su corazon. Mientras no tengas inclinacion á ningun hombre, sé tu propio juez; mas al punto que estés enamorada, restituyé á tu madre el cuidado de vigilarte.

«Para probarte nuestra estimacion te propongo un convenio que entre nosotros restablece el órden natural. Los padres eligen esposo á su hija, y solo la consultan por mera formalidad: este es el estilo. Pues haremos todo lo contrario; escogerás tú, y nosotros seremos los consultados. Usa de tu derecho con libertad y discrecion. El esposo que te convenga le debes elegir tú, y no nosotros; pero á nosotros toca juzgar si te engañas acerca de las conveniencias, y si haces, sin saberlo, una cosa distinta de lo que quieres. En nuestras razones no tendrán parte ni el nacimiento, ni los bienes, ni la gerarquía, ni la opinion. Escoge un hombre de bien cuyo fisico te guste, y cuyo carácter te convenga; en cuanto á lo demás, sea cual fuere, le aceptamos por verno. Siempre tendrá el caudal suficiente, si tiene brazos, buenas costumbres, y ama á su familia; y siempre ilustracion bastante, si le ennoblece la virtud. ¿Qué importa que nos lo vitupere el mundo? No aspiramos á la aprobacion pública; tenemos bastante con tu felicidad.»

No sé, lectores, qué efecto haria este razonamiento en las muchachas educadas á vuestro modo; mas por lo que á Sofia toca, podrá no responder á él con palabras, porque no la dejarán hablar con facilidad la vergüenza y la ternura; pero estoy muy cierto de que permanecerá grabado en su corazon lo restante de su vida, y que si podemos contar con alguna resolucion humana, será con la que le haga formar de mostrarse digna de la estimacion de sus padres.

Pongámonos en lo peor, y démosla un temperamento ardiente que le haga penosa una dilatada tardanza; digo que su juicio, sus conocimientos, su gusto sano, su delicadeza, y mas que todo los sentimientos que desde su niñez han inculcado en su corazon, opondrán tal obstáculo á los ímpetus de los sentidos que le baste para vencerlos, ó á lo menos para resistirles mucho tiempo. Antes muriera mártir de su estado que afligir á sus padres, casarse con un hombre sin mérito, y exponerse á las desgracias de un matrimonio desigual. La misma libertad que le han dejado, da nueva elevacion á su ánimo, y la hace mas escrupulosa para la

eleccion de un dueño. Con el temperamento de una italiana y la sensibilidad de una inglesa, tiene para frenar su corazon y sus sentidos, la altivez de una española, que, aun cuando busca un amante, con dificultad halla uno que le parezca digno de ella.

No es fácil á todo el mundo reconocer cuánta elasticidad puede dar al alma el amor de las cosas honradas, y la fuerza que en sí puede encontrar el que sinceramente quiere ser virtuoso: Gentes hay á quienés todo cuanto es grande les parece fantástico, y que con su vil y baja razon nunca conocerán lo que con las pasiones humanas puede hasta la locura de la virtud. A estos solo se les ha de hablar con ejemplos, y peor para ellos si se obstinan en negarlos. Si yo les dijera que Sofia no es un ser imaginario, que solo su nombre es de invencion mia, que realmente han existido su educacion, su carácter, sus costumbres, y hasta su figura, y que su memoria todavía cuesta llantos á toda una familia honrada, sin duda no lo creerian: pero al cabo, ¿qué aventuro yo en concluir sin rodeos la historia de una jóven tan parecida á Sofia, que pudiera la de esta ser la suya sin que debiesen extrañarlo? Créanla ó no verdadera, poco importa; segun ellos habré contado ficciones, pero siempre habré explicado mi método, y me encaminaré al fin que me he propuesto.

Tenia esta jóven, con el temperamento que á Sofia he atribuido, todas las demás conformidades que le podian hacer merecer este nombre, y así se le dejo. Despues de la conversacion que he referido, contemplando su padre y su madre que no se vendrian á presentar partidos en el despoblado que habitaban, la enviaron á pasar un invierno á la ciudad, á casa de una tia á quien secretamente dieron parte del motivo de este viaje; porque la altiva Sofia encerraba en el fondo de su corazon la noble arrogancia de saber triunfar de sí propia, y por mas que necesitara marido, antes moriria doncella que resolverse á ir ella á buscarle.

Para corresponder con la intencion de sus padres, la presentó su tia en varias casas, la llevó á varias sociedades, á varios saraos, la mostró el mundo, ó mas bien la mostró en él, porque Sofia se cuidaba muy poco de

todo este estrépito. Notóse, no obstante, que no huía de los mozos de agradable presencia, que parecian decentes y modestos. En su mismo recato tenia cierto arte para atraerlos, bastante parecido á la coquetería; pero despues de hablar dos ó tres veces con ellos, le cansaban. En breve, á aquel ademan de autoridad que parece admitir los homenajes, y que es el primer favor del sexo, sustituia cortesía mas repulsiva y aire mas altivo. Siempre sobre sí, no les dejaba ocasión de hacerla el mas leve servicio: lo cual era decirles bastante claro que no queria ser su dama.

Nunca han gustado los pechos sensibles de los deleites estrepitosos, vana y estéril felicidad de las personas que nadá sienten, y que creen gozar de la vida porque se atolondran con ella. No encontrando Sofia lo que buscaba, ni esperando encontrarlo, se aburrió de la ciudad. Amaba tiernamente á sus padres, y no habia nada que se los pudiera hacer olvidar: volvióse, pues, á su retiro mucho tiempo antes de la época determinada para su regreso.

Apenas hubo vuelto al ejercicio de sus funciones en casa de sus padres, cuando se vió que, conservando la misma conducta, habia mudado de condicion. Se distraía, se escondia para llorar. Al principio creyeron que estaba enamorada y tenia vergüenza de decirlo: se lo preguntaron, y lo negó, protestando que á ninguno habia visto que impresionara su corazon; y Sofia no mentia.

Crecía cada dia mas su abatimiento, y empezaba su salud á alterarse. Asustada con esta mudanza, su madre quiso averiguar la causa. La llamó á solas, y usando con ella aquel estilo halagüeño y aquellos invencibles cariños que solo la ternura maternal sabe emplear, le dijo: «Hija mia, tú á quien traje en mi vientre, y sin cesar traigo en mi corazon, vierte los secretos del tuyo en el seno de tu madre. Pues, ¿cuáles son esos secretos que tu madre no puede saber? ¿Quién se duele de tus quebrantos, quién tiene parte en ellos, y quiere aliviarlos sino tu padre y yo? ¡Ah, hija mia! ¿Quieres que me mate tu pesar sin saber cuál sea?»

Lejos de esconder su sentimiento á su madre no de-